

¿El segundo "milagro alemán"? El proceso de reunificación en el contexto de la Europa unida

Ricardo M. Martín de la Guardia
Profesor de Historia Contemporánea
Universidad de Valladolid

1. EL OCASO DE LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DE ALEMANIA

Cuando las autoridades húngaras dismantelaron el 2 de mayo de 1989 las fortificaciones situadas a lo largo de su frontera con Austria, es probable que desconocieran el alcance que esta medida iba a tener en un futuro próximo para la evolución de la siempre controvertida "cuestión alemana". Desde aquel momento, numerosos ciudadanos de la R.D.A. comenzaron a flanquear clandestinamente la línea fronteriza y a ocupar como refugiados las embajadas de la República Federal de Alemania en algunas capitales de las repúblicas socialistas del Este de Europa. Después de la apertura de la frontera húngara el 10 de septiembre, y tan sólo en media hora, unos siete mil alemanes orientales pasaron a la R.F.A.

Así, mientras Erich Honecker, el viejo mandatario comunista, no cesaba de insistir en la "fuerza inquebrantable del socialismo" ni de tachar de "contrarrevolucionarios" y "traidores" a los huidos, el final del "Estado de los obreros y los campesinos" comenzaba su cuenta hacia atrás. De hecho, la conmemoración del cuadragésimo aniversario del nacimiento de la República Democrática de Alemania, tan cuidadosamente preparada por las autoridades germano-orientales, demostró la debilidad intrínseca y la pérdida de apoyo en sus valedores tradicionales, sobre todo la Unión Soviética.

Las manifestaciones masivas de descontento recorrieron las principales ciudades del país durante la primera quincena de octubre. Desde Leipzig, Berlín Oriental o Dresde, la población pedía una liberalización efectiva del sistema que sirviera para mejorar la situación del país, tan deteriorada en todos los órdenes. El clamor generalizado en contra de la dirección del partido socialista unificado y de los órganos estatales, junto a los acontecimientos que se estaban desarrollando en otros países de la Europa del Este, dieron pronto sus primeros frutos: el 17 de octubre Erich Honecker dimitía de sus cargos, oficialmente por "motivos de salud".

Sin embargo, las esperanzas depositadas en el relevo del veterano mandatario alemán se vieron pronto frustradas. Egon Krenz, uno de los colaboradores íntimos de Honecker desde que aquél llegara al buró político en

1983, accedía a la jefatura del S.E.D. No hacía mucho tiempo que Krenz, en nombre del gobierno de la República Democrática, había justificado y dado el beneplácito a la represión brutal ejercida por las autoridades chinas en la plaza de Tiananmen.

Aun cuando en sus primeras declaraciones mostró una actitud favorable a la apertura de un proceso democratizador en el país, la trayectoria personal del nuevo responsable del S.E.D. y su ortodoxia en la defensa de los ideales socialistas no convencieron a una oposición cada vez más sólida y reconocida. El día 18 de octubre, en un discurso programático televisado a todo el territorio nacional, y como muestra de su voluntad reformista, reconoció la existencia de problemas -algunos de ellos graves- en la marcha económica de la R.D.A. y apostó por un diálogo franco con las fuerzas sociales sin renunciar a los principios del socialismo. El 24 de noviembre la *Volkskammer* lo designaba jefe del Estado y, pocos días después, para tratar de distanciarse de la gravosa herencia recibida, hacía pública la salida del *Politburo* de dirigentes comunistas tan relevantes en la historia de la República Democrática como Kurt Hager, Erich Mielke o Alfred Neumann. Al mismo tiempo anunció un programa de reformas, si bien de modo poco concreto, que afectaría a todos los campos: educación, economía, estructuras políticas, etc.

A estas alturas, las promesas oficiales no fueron ya suficientes para apaciguar los ánimos de la disidencia interior, progresivamente robustecida. El 4 de noviembre, la culminación de la escalada de protestas tuvo por escenario la Alexander Platz de Berlín Este, donde cerca de medio millón de personas se concentraron para escuchar a un amplio elenco de oradores entre quienes figuraron escritores bien conocidos también en Occidente como Stefan Heym, Christa Wolf, o Heiner Müller, además de representantes de grupos de oposición. A pesar de las diferencias entre ellos, en algunos casos muy notables, la coincidencia era plena en las peticiones más importantes: elecciones libres, restablecimiento de las libertades públicas, separación absoluta entre el Partido y el Estado, en definitiva, poner las bases suficientes y abrir las vías necesarias para iniciar la construcción de un auténtico Estado de Derecho. A finales de noviembre, el día 26, como continuidad de este acto berlinés, varios escritores

(entre ellos la propia Christa Wolf), líderes de la oposición (como Ulrike Poppe), hombres de Iglesia (Günter Krusche entre otros) o marxistas reformistas encabezados por Wolfgang Berghofer, firmaron un manifiesto en el cual, poniendo por escrito las peticiones antes comentadas, defendían también el mantenimiento de la República Democrática de Alemania como "alternativa socialista" a la República Federal. Quince días después casi doscientas mil personas lo habían rubricado.

Sin embargo, en estas fechas ya había tenido lugar un acontecimiento trascendental para la historia de Alemania y en general, de Europa. El 9 de noviembre, a las siete de la tarde y de forma inesperada, las autoridades germano-orientales anunciaban por medio de Günter Schabowski, portavoz del *Politburo*, la apertura del muro de Berlín, la "protección antifascista" tal y como la definían los ideólogos del régimen de la R.D.A. Los alemanes orientales no esperaron a tener más confirmación de la noticia y los dos sectores de Berlín pronto estallaron en una gran fiesta. Durante los fines de semana siguientes a la apertura, las visitas de los ciudadanos de la República Democrática a la otra parte de Alemania desbordaron las previsiones: dos millones de personas los días 11 y 12 de noviembre, y tres millones siete días después.

2. UNA PERESTROIKA A LA ALEMANA

La sensación generalizada era que las jornadas vividas habían neutralizado la capacidad de reacción del gobierno. Parecía necesaria la adopción de medidas rápidas para evitar que la caída del muro llevara consigo la del Estado. El 13 de noviembre la *Volkskammer* elegía unánimemente Primer Ministro a Hans Modrow, hasta ese momento responsable del S.E.D. en Dresde. Modrow, hijo de una humilde familia de panaderos pomeranos, tenía fama de hombre honrado y de talante abierto, por tanto más capaz que Egon Krenz de afrontar la nueva situación creada. El gabinete diseñado por Modrow incluía a miembros de la oposición moderada junto a dirigentes del propio partido socialista unificado en un intento de crear un consenso desde arriba para proceder a cambios sustanciales dentro del sistema, ganarse el apoyo y respeto de la población, así como obtener el reconocimiento y la ayuda de las potencias occidentales. Esta política de "perestroika a la alemana" tuvo su complemento en el inicio de una transparencia informativa sobre la situación que atravesaba el país en aquellos momentos. El propio Primer Ministro, en una declaración gubernamental realizada días después, no escatimó cifras ni adjetivos para dibujar el difícil estado de cosas: el fiasco económico -especialmente la baja productividad- y la pérdida de impulso industrial habían provocado que la deuda pública superase en 1989 los cien mil millones de marcos y el déficit presupuestario rondase los quince mil millones.

Para paliar esta creciente falta de legitimidad política del Estado e incorporar a la sociedad civil en el intento de superar la crítica situación económica, el gobierno aceptó

la iniciativa de crear una mesa redonda donde conversaría sobre el futuro del país con las organizaciones opositoras. Este foro era lo suficientemente representativo al participar en él, además de tres representantes del S.E.D. y otros tres por cada uno de sus partidos coaligados, tradicionales correas de transmisión del partido socialista unificado (partido cristianodemócrata de la R.D.A., partido nacionaldemócrata y partido campesino), quince delegados de los grupos de oposición, así como miembros de la Unión de Mujeres, las Iglesias y otras instancias sociales. Sin duda, la principal y más conocida entre las organizaciones contrarias al régimen era el *Neues Forum*, fundado en septiembre de 1989 como una federación de varios grupos defensores de la democratización del sistema a la vez que de un socialismo liberal capaz de garantizar la libertad de opinión y de información, y partidarios de celebrar unas elecciones libres.

Con el fin de no perder las riendas del S.E.D. y neutralizar a los sectores más ortodoxos de la nomenclatura, Modrow y sus colaboradores promovieron la celebración de un congreso extraordinario del partido para el mes de diciembre. Entre los días 8 y 17, 2.753 delegados certificaron la defunción de la vieja organización leninista. Egon Krenz había dimitido el 3 de diciembre. El ala reformista logró sacar adelante sus propuestas principales consistentes en la defensa de "una democracia radical, el Estado de Derecho, el humanismo, la justicia social, la protección del medio ambiente y la igualdad de la mujer". Las apelaciones nostálgicas de algunos no sirvieron para que continuaran las antiguas siglas y el nuevo partido salido del Congreso fue rebautizado como *Partei des demokratischen Sozialismus* (P.D.S.), dirigido a partir de entonces por un joven abogado, Gregor Gysi.

En realidad, los delegados no hicieron sino tratar de preservar los principios socialistas como informantes de un partido que pudiera acomodarse en sus nuevas estructuras al pluralismo hacia el cual parecía encaminarse el país, más aún teniendo en cuenta que el parlamento había modificado el 1 de diciembre el primer artículo de la Constitución: ya no correspondía al "partido marxista-leninista" el papel dirigente de la clase obrera ni de la sociedad germano-oriental. Con ello, y con la desaparición casi inmediata de las organizaciones de masas adictas al S.E.D. como la Juventud Alemana Libre o la Confederación Sindical, el régimen del socialismo real en la Alemania del Este dejaba de existir como tal.

Modrow trató además de dar carta de naturaleza a las insistentes declaraciones que sobre la transformación real del país había hecho. En el mismo mes de diciembre, la *Volkskammer* organizó comisiones especiales para trabajar en la elaboración de nuevas leyes: electoral, de libertad de información, de partidos políticos, etc. Días después, el gabinete ministerial aprobaba un programa de estabilización de la economía y comenzaba a liberalizar los pequeños comercios.

Los nuevos dirigentes de la R.D.A. no parecían darse cuenta de que el proceso de reformas abierto entrañaba

un grave peligro tanto para la legitimidad y permanencia del régimen como, lo que podía ser más preocupante, para la propia existencia de la República Democrática como Estado independiente. Si en la Europa hasta hacía poco sometida a la U.R.S.S. las transiciones en marcha parecían abocar a sistemas democráticos de tipo occidental, camino por el que también avanzaba la República Democrática, no iba a tener mucho sentido mantener dos estructuras estatales alemanas basadas ambas en la democracia pluralista y la economía de mercado.

3. EL GOBIERNO DEL CANCELLER KOHL Y LA "CUESTIÓN ALEMANA"

El gobierno de Bonn entendió bien las dificultades que atravesaba la R.D.A. y trató de obtener el máximo beneficio de cara a la posibilidad de una futura integración. El 28 de noviembre el canciller Kohl hacía público en el *Bundestag* un programa de diez puntos para la reunificación. El plan establecía tres etapas para su cumplimiento. En un primer momento las autoridades germanas del Este convocarían elecciones libres para avanzar en la senda del Estado de Derecho y permitir al pueblo que decidiera sobre su propio futuro. En la segunda fase, los dos estados alemanes acercarían más sus posiciones mediante el establecimiento de una confederación dentro de la cual existieran comisiones comunes con competencias sobre infraestructuras de transporte, medio ambiente y economía, entre otras. Se trataba de una "comunidad contractual", tal y como el propio Kohl definió esta fase, previa a la tercera y última en la que ambos estados formarían una federación (*eine Föderation, das heisst eine bundesstaatliche Ordnung*).

El programa de los diez puntos convulsionó a la opinión pública alemana y europea. El canciller Kohl no había discutido el proyecto con sus coaligados liberales quienes, al igual que el S.P.D. y los Verdes, criticaron la propuesta, si bien por razones diferentes. Mientras los ecologistas se oponían con firmeza a cualquier intento reunificador, los liberales censuraban la forma de presentación del documento y los socialdemócratas dividían sus opiniones entre el criterio de su presidente, Hans Jochen Vogel, partidario de la unidad, y el de Oskar Lafontaine, mucho más escéptico. Por su parte, los gobiernos occidentales, sobre todo el francés y el británico, pidieron explicaciones por no haberse contado con ellos en tan importante propuesta.

Sin embargo, Kohl había calculado bien las reacciones, muy especialmente las que tuvieron lugar en la República Democrática. A finales de 1989 y principios de 1990 el deterioro y la impotencia del poder constituido era palpable. Las manifestaciones y huelgas aumentaban en número y en intensidad mientras que dentro de las peticiones cada vez se incluía con mayor fuerza el lema de "somos un solo pueblo" (*Wir sind ein Volk*). La marcha de la economía no enderezaba su rumbo sino, más bien, todo lo contrario pues comenzaron a constatar casos de falta

de abastecimiento de productos básicos en algunas zonas. Las fuerzas de oposición, fortalecidas y mejor organizadas, eran conscientes de que a pesar de las palabras y gestos de buena voluntad, poco había cambiado el panorama general del país: la constante salida de población joven y bien cualificada hacia la República Federal era el signo más evidente. El mismo Modrow reconocía a principios de enero de 1990 las nefastas consecuencias sociales provocadas por el fracaso económico.

4. EN EL CAMINO HACIA LA REUNIFICACIÓN

La incapacidad de las estructuras políticas y económicas de la R.D.A. para acomodarse a los nuevos tiempos indujo a un giro de notable importancia en las reivindicaciones populares. Heinz Kallabis, un conocido sociólogo, lo expresó con claridad: "La paciencia de las masas se ha agotado. No quieren más experimentos sociales. Lo que quieren es alcanzar los niveles de vida de los ciudadanos de la República Federal. Y lo quieren hoy, no mañana".

En efecto, en manifestaciones y declaraciones políticas era muy evidente que el clamor por la unificación de los dos estados comenzaba a estar muy extendido entre la población alemana del Este, lo cual no pasaba desapercibido para las autoridades de Bonn.

Ante este estado de cosas parecía inminente la convocatoria de elecciones libres de las cuales saliera un gabinete capaz de encauzar la situación. El 5 de febrero Modrow formó un gobierno de "responsabilidad nacional" cuyo primer acuerdo fue adelantar al 18 de marzo los comicios para la *Volkskammer*. La campaña, como era lógico, estuvo mediatizada por el asunto de la unificación y las relaciones con la R.F.A. Todo el mundo sabía que la composición del nuevo parlamento serviría no sólo para conocer la fuerza real de los distintos partidos en liza, sino para aclarar por dónde iba a discurrir el camino de la unidad.

Para afrontar las elecciones a la *Volkskammer* con ciertas garantías, algunos partidos y organizaciones políticas establecieron una serie de coaliciones electorales. Así, los cristianodemócratas (C.D.U. y C.S.U.) y "Despertar Democrático" formaron "Alianza por Alemania"; los partidos liberales (L.D.P. y F.D.P.) constituyeron "Alianza de los Demócratas Libres"; y algunos movimientos cívicos, "Alianza 90". Entre los restantes partidos que acudieron a los comicios estaban también el socialdemócrata (S.P.D.), el antiguo partido único, ahora remozado (P.D.S.), o Los Verdes.

Con una elevadísima participación que superó el 90%, la coalición "Alianza por Alemania", dirigida por De Maizière, obtuvo la victoria con el 48% de los votos; por su parte, el S.P.D. logró algo más del 21%. Los resultados demostraron la decisión de los alemanes orientales de caminar decididamente a la reunificación auspiciada desde el Oeste por Helmut Kohl.

El 4 de abril de 1990 quedaba constituido el nuevo gobierno de la República Democrática encabezado por

Lothar De Maizière, el líder de los cristianodemócratas de Alemania del Este. Ocho días después la *Volkskammer* confirmaba al gobierno y el propio De Maizière era elegido Primer Ministro con 265 votos a favor, 108 en contra y 9 abstenciones. Como dijo éste en su primera comparecencia ante la cámara legislativa, uno de sus objetivos prioritarios sería trabajar en pro de la unificación con la otra parte de Alemania. En efecto, los contactos interalemanes, bajo la batuta de las autoridades de Bonn, proporcionaron rápidos resultados.

El 18 de mayo se firmó el Tratado Interestatal de Unión Monetaria, Económica y Social entre la República Democrática y la República Federal -en palabras de Juan Carlos Monedero, "auténtico tratado fundacional de la nueva Alemania"-, cuya entrada en vigor quedó fijada para el 1 de julio. Según este Tratado, la economía social de mercado sería el fundamento para la unión monetaria; así quedaría sin eficacia cualquier artículo de la Constitución germanooccidental en conflicto con los principios de propiedad privada, libre competencia o formación de precios según los mecanismos de la oferta y la demanda. El *Bundesbank* pasaba a ser el único banco emisor encargado de controlar la circulación monetaria y todo el sistema crediticio, con lo que el marco occidental se convertía en la única moneda de circulación en los dos territorios mediante un tipo de cambio de 1 a 1 "en los salarios y en el ahorro hasta un límite de 4.000 marcos, y de 1 a 2 para el resto del ahorro y las deudas de las empresas".

Junto a las medidas tomadas para hacer efectiva la Unión monetaria, se preveía que desde el 1 de enero de 1991 la legislación social germanooccidental pasara a aplicarse a los antiguos ciudadanos de la R.D.A., si bien con algunas "medidas transitorias" establecidas a tenor de las grandes diferencias de precios y salarios entre los dos Estados. Para intentar acomodar el funcionariado del Este a la normalidad constitucional, el *Bundesrat* aprobó en mayo una serie de medidas para facilitar y potenciar el traslado de personal de la administración a los antiguos *Länder* orientales. Aquellos que decidieran optar por la movilidad recibirían el mismo salario que en su lugar de origen, aunque el tiempo trabajado en el Este contara el doble de cara a la jubilación.

La apuesta era ciertamente arriesgada. Una vez que dicho acuerdo entrara en vigor, la economía de Alemania Oriental se encontraría súbitamente con la fortísima competencia del mercado internacional, sin la posibilidad de que la estructura productiva de la R.D.A. pudiera acoplarse al sistema capitalista imperante en una fase intermedia. Por si fuera poco, la estrecha vinculación de sus exportaciones al mundo socialista (el 70% de las mismas tenía como destino los países del COMECON) hacía pensar la incapacidad de mantener el ritmo de ventas en un momento en que la organización de integración económica socialista no tenía los recursos suficientes para pagar los productos adquiridos en una de las monedas más sólidas, el marco germanooccidental. Finalmente, si el precio de los productos elaborados en

Alemania Oriental era igual que el de los occidentales, el consumo interno de los primeros se reduciría puesto que, en comparación, su calidad era mucho peor. El resultado lógico de este proceso, ante la contracción de la demanda, era la crisis profunda de sectores importantes del tejido industrial.

Con ello, sólo una economía sólida y en expansión, y un gobierno firmemente decidido a arrostrar los costes económicos que pudieran desprenderse, sería capaz de llevar a cabo la unificación. Como era de prever, tras la entrada en vigor del tratado en julio de 1990, la economía industrial de la R.D.A. se desplomó (en los seis meses siguientes la producción del secundario se redujo a la mitad) y el paro aumentó de forma desmesurada: a finales de 1991 la tasa de desempleo oficial llegaba al 15% en una tendencia al alza, y ello a pesar del vasto programa de política social puesto en marcha desde Bonn.

La caída en picado de la producción, el déficit presupuestario acumulado y los problemas sociales derivados del paro y del descontento no eran los únicos frentes donde debían plantar cara las autoridades de ambos estados. Si el gobierno de Kohl pretendía un relanzamiento económico y social rápido de la R.D.A. para favorecer la unificación, habría que añadir a los gastos producidos por la puesta en funcionamiento de la unión económica las inversiones en mejora de infraestructuras de transportes, ayudas a empresas, incentivos a la inversión, etc. El gobierno federal aprobó un primer fondo de 7.000 millones de DM y, hasta diciembre de 1994, una cantidad de 115.000 millones para potenciar las estructuras productivas y mejorar los niveles de vida en el Este, todo lo cual se mostró insuficiente en muy poco tiempo.

Los problemas no arredraron la voluntad de llevar a término la reunificación. Sin solución de continuidad, la nueva Cámara de la R.D.A. daba el 23 de agosto el visto bueno a la incorporación de los territorios del antiguo Estado estealemán (reconvertidos en Estados federales el 22 de julio) a la República Federal, ello en virtud del artículo 23 de la Ley Fundamental. La mayoría parlamentaria había preferido para la reunificación dicho artículo 146 que, de hecho, hubiera significado la apertura de un proceso constituyente. El 31 de agosto se rubricaba en el *Kronprinzenpalast* de Berlín el Tratado de Unificación (*Einigungsvertrag*). Las cerca de mil páginas estructuradas en cuarenta y cinco artículos y anexos fijaban las "modalidades de transición y de adaptación de los dos sistemas en los campos jurídico, económico y social". Finalmente, el 12 de septiembre se proclamaba la plena soberanía de Alemania, hecho consumado el 3 de octubre, fiesta nacional desde entonces, cuando los *Länder* de la extinta República Democrática quedaron plenamente integrados en la República Federal con el amparo de la Ley Fundamental. En esa misma jornada el ejército popular nacional de la R.D.A. fue disuelto y una parte del mismo pasó a integrar las filas del ejército federal. Kohl había declarado el día anterior:

"Como todos sabemos, tenemos por delante un difícil

tramo del camino. Queremos recorrer juntos ese camino. Si nos mantenemos unidos y estamos dispuestos al sacrificio, tenemos todas las probabilidades de alcanzar juntos el triunfo. Las condiciones económicas de la República Federal son actualmente excelentes. Nunca habíamos estado mejor preparados para superar las tareas económicas de la reunificación".

Después de las elecciones celebradas a mediados de octubre de 1990 para elegir los parlamentos y los ministros presidentes de los nuevos estados federados, en las que la C.D.U. volvió a obtener una victoria importante salvo en el caso de Brandeburgo, el 2 de diciembre tuvieron lugar las primeras elecciones generales de la nueva Alemania unificada. Los electores de los territorios de la antigua

R.D.A. continuaban más preocupados por asuntos como el empleo (86%) y la economía (75%) que por la ecología (40%). Aunque muy reacios a expresar en las encuestas el partido político de su preferencia, valoraban a la C.D.U. por encima del resto de las opciones organizadas, especialmente por su competencia económica.

No resultó extraño, por tanto, que los cristianodemócratas, junto a sus coaligados liberales, volvieran a obtener el triunfo. La campaña de "Sí a Alemania, sí al futuro" desplegado por la C.D.U. intentó capitalizar el hecho histórico de la reunificación como un logro del canciller Kohl y demostró ser muy convincente para amplias capas de la población de ambas partes de Alemania.

Resultados de las primeras elecciones generales en la Alemania unificada (2-XII-1990)

	%	Esaños
CDU	36,7	268
CSU	7,1	51
CDU/CSU	43,8	319
SPD	33,5	239
FDP	11,0	79
Verdes (Oeste)	3,9	-
Alianza 90/Verdes (Este)	1,2	8
PDS	2,4	17
Republicanos	2,1	-

El nuevo parlamento quedó constituido el 20 de diciembre; el 16 de enero de 1991 el reelegido canciller federal, Helmut Kohl, presentaba oficialmente su nuevo gobierno, tres de cuyos ministros provenían de los territorios de Alemania del Este.

5. LA REACCION INTERNACIONAL

Paralelamente a la evolución de los acontecimientos de carácter interno, la serie de conversaciones y acuerdos desarrollados entre las principales potencias europeas y los Estados Unidos permitieron que el proceso de reunificación no se retrasara. El país que en principio podía haber puesto más reparos, la Unión Soviética, estaba sumido en un momento crítico, preludio de su descomposición posterior, y Kohl supo sacar muy buen partido de las debilidades de Gorbachov. Con la promesa de importantes ayudas económicas para salvaguardar la perestroika, Kohl logró del mandatario soviético el beneplácito para la unificación siempre y cuando ésta discurriera por los cauces marcados por el consenso internacional. Salvado el principal escollo, las potencias de ocupación y los propios interesados abordaron conjuntamente la reunificación en las "Conferencias 2 + 4", celebradas el 5 de mayo de 1990 en Bonn, el 22 de junio en Berlín Este y el 17 de julio en París.

El 12 de septiembre de 1990, y como colofón a todas ellas, los representantes de los seis países firmaban en

Moscú el "Tratado sobre el reglamento definitivo de la cuestión alemana", el cual devolvía el ejercicio de la plena soberanía a la nueva Alemania unificada que podía encuadrarse dentro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Al fin y al cabo, la unidad de los dos estados había sido lograda según la idea de Adenauer, expresada en los años cincuenta: una unificación dentro de la O.T.A.N. y favorecida por ella. Finalmente, y siguiendo la línea de los acuerdos interestatales de cara a normalizar las relaciones entre la nueva Alemania y sus vecinos, las autoridades de Bonn firmaron en junio y en octubre de 1991 sendos tratados de amistad y colaboración con los gobiernos polaco y checo respectivamente, para eliminar cualquier tipo de susceptibilidades relacionadas con un hipotético espíritu expansionista alemán.

Por otro lado, la política exterior germana ha continuado dentro de la línea dominante en la Comunidad Europea ante los principales retos y problemas planteados en las relaciones internacionales (guerra contra Irak, apoyo a la perestroika y posteriormente a Yeltsin para consolidar la democratización de los países del Este de Europa, etc.). Una salvedad debemos mencionar en relación con la crisis yugoslava. Alemania reconoció la independencia de Eslovenia y Croacia, países vinculados desde siempre al área de influencia germánica, antes de que la Comunidad adoptase una posición concreta, lo que produjo un malestar acusado entre los gobiernos comunitarios.

6. LAS DIFICULTADES ECONÓMICAS DEL PROCESO DE INTEGRACIÓN INTERALEMANA

La gestión de las propiedades estatales de la antigua República Democrática, sobre todo de la infraestructura industrial, fue una de las cuestiones más debatidas ya desde el gobierno Modrow. Con el objetivo de privatizarlas, se creó en marzo de 1990 una Agencia Fiduciaria (*Treuhändanstalt*), encargada de proceder paulatinamente a la venta o saneamiento de industrias, inmuebles, comercios y demás bienes cuyo titular hasta ese momento había sido el Estado. Después de la unificación, las autoridades occidentales controlaron completamente la Agencia, que pasó a depender de los ministerios federales de Economía y Hacienda. Consecuencia de este cambio fue la agilización en el proceso de traspasos por venta, si bien no estuvo exento de críticas por la política desarrollada puesto que, en muchas ocasiones, las ayudas económicas recibidas por las empresas de la antigua R.D.A. fueron repartidas sin tener en consideración la viabilidad o no de las mismas, con el consiguiente dispendio económico en algunos casos. En el verano de 1994 el parlamento daba por finalizada la labor de la Agencia al estimarse que casi el 95% de las industrias de los territorios orientales habían sido privatizadas.

Una vez concluidos los actos públicos y las celebraciones de todo tipo que siguieron a la reunificación efectiva, fue el momento de reconsiderar la oportunidad y los costes de semejante empresa. El enorme esfuerzo realizado para integrar los *Länder* orientales y reactivar su economía disparó los gastos públicos, y los presupuestos federales se resintieron. Aparte de otras muchas ayudas, solamente los recursos empleados en el "Fondo para la Unidad Alemana" sumaban cien mil millones de DM entre 1991 y 1994. A finales de 1994 el canciller Kohl declaraba que, en los cuatro primeros años después de lograda la unidad, habían sido transferidos a los nuevos estados federados cerca de ochocientos mil millones de DM, más de la mitad de los cuales con cargo a fondos públicos. La subida de impuestos, el alza de los precios, la inflación y el paro comenzaron a golpear la sólida economía germana. De hecho, en los seis últimos meses de 1992 se había producido un crecimiento cero precisamente cuando los sindicatos más presionaban para igualar los salarios entre los trabajadores de los dos antiguos estados. El aumento salarial y el ahorro acumulado fortalecieron la capacidad de compra de los ciudadanos del Este pero provocó una tendencia inflacionista preocupante. Por si fuera poco, las tasas de desempleo, por cierre de industrias fundamentalmente, alcanzaba al 20% de la población activa en 1991. Las huelgas y el desencanto de parte de la población empezaban a aflorar mientras los costes de la unificación se multiplicaban varias veces por sí mismos.

El Banco Federal tuvo que intervenir seriamente en los primeros meses de 1992 mediante una política restrictiva que elevaba los tipos de interés para evitar las tendencias inflacionistas y fortalecer el marco. No obstante, a pesar de

las dificultades, la capacidad del motor económico alemán ha sabido de momento remontar la crisis. En 1988 la República Federal contaba con 62 millones de habitantes, tenía un P.N.B. cercano a los 20.000 dólares -uno de los más elevados del mundo- y una balanza comercial con un excedente enorme: ciento treinta y cinco mil millones de marcos. Sin duda, era el único país de Europa capaz de enfrentarse a un proceso de riesgos incalculables en lo económico y lo social tal como el abierto en 1989.

7. COMENTARIOS FINALES

El fin de la República Democrática de Alemania no puede concebirse si no es en relación con los profundos cambios producidos en la Unión Soviética a partir de la llegada al poder de Gorbachov. A finales de los años ochenta, la pérdida de legitimidad del Estado-Partido y la falta de un apoyo explícito por parte del aliado soviético se unieron al fracaso absoluto de la economía planificada y al estancamiento de los niveles de vida de los grupos populares. La constatación generalizada de que era necesario un cambio regenerador tuvo una consecuencia particular en el caso de la R.D.A.: el sentimiento pangermanista. Sin embargo, la conciencia nacionalista no tenía -salvo en grupos muy minoritarios- un componente de exaltación patriótica al viejo estilo, sino más bien estaba caracterizada por ser eminentemente pragmática: los alemanes orientales querían alcanzar los niveles de vida de los occidentales con la mayor prontitud posible. En definitiva, era el triunfo del "*DM-Nationalismus*" como despectivamente lo calificaba Jürgen Habermas.

El propio presidente federal, Richard von Weizsäcker, en un acto celebrado en la Filarmónica de Berlín el día tres de octubre de 1990, expresó con nitidez el objetivo prioritario del gobierno y, en general, de la población alemana, una vez concluida la unificación política: "Lo más urgente ahora es lo que atañe a la situación económica y social. Una de las causas del fracaso del antiguo sistema fue su crisis económica. Por eso es tan importante que los habitantes de la antigua R.D.A. no experimenten su libertad recién conquistada con un nuevo capítulo de penuria económica". Los esfuerzos en esta vía han sido, como ya hemos comentado, colosales y, a pesar de las consecuencias negativas, parecen empezar a dar algunos frutos. Los sectores servicios y construcción de los nuevos *Länder* federados están mejorando ostensiblemente, si bien es verdad que son los menos dañados por la competencia de Alemania occidental. En Mecklemburgo-Antepomerania, el estado de menor densidad de población, el turismo tiene unas perspectivas amplias frente a la crisis de actividades tradicionales como la industria agropecuaria o los astilleros, centrados estos últimos en la ciudad hanseática de Rostock. Sajonia-Anhalt, región muy dañada ecológicamente por haber sido el centro de las explotaciones químicas y del lignito, atraviesa momentos muy delicados debido a las dificultades de reconversión de su infraestructura industrial. Los costes sociales siguen

siendo muy elevados, con altos porcentajes de desempleo en centros antes importantes de la R.D.A., caso de Halle o Bitterfeld. Algo parecido ha ocurrido con la producción de máquinas herramientas o de automóviles en Turingia, el "corazón verde de Alemania", aunque las inversiones de Opel y Bosch están creando expectativas de mejora. Brandeburgo, el más extenso de los nuevos Länder, conjuga la tradición agrícola y de silvicultura con algunas zonas muy industrializadas, igualmente en un proceso de transformación profunda. Ejemplos de este momento de difícil transición podrían ser, por un lado, la crisis que afecta a Cottbus, base de la explotación de lignito para la producción de energía y, por otro, el prometedor futuro de Ludwigsfelde, al sur de Berlín, donde Mercedes-Benz ha previsto unas inversiones de mil millones de DM en el establecimiento de una fábrica de montaje de camiones. El Estado Libre de Sajonia, el Land más poblado e industrializado, con ciudades de enorme interés cultural e histórico como Dresde o Leipzig, es también la región con mejores posibilidades para alcanzar los niveles de vida occidentales en un tiempo más reducido.

Entre las luces y las sombras del proceso reunificador lo cierto es que la nueva Alemania está llamada a desempeñar un papel trascendental en la historia de la Europa unida, una vez que los alemanes, en palabras de Christian Meier, "recreen su propia nación".

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

- AUGSTEIN, Rudolf; GRASS, Günter, *Deutschland, einig Vaterland?*, Göttingen, 1990.
- BEYME, Klaus von, *Das politische System der Bundesrepublik Deutschland nach der Vereinigung*, München, 1991.
- BITTERMANN, Klaus (ed.), *Gemeinsam sind wir unaussteiblich. Die Wiedervereinigung und ihre Folgen*, Berlin, 1990.
- BOHN, Rainer (et al.), *Mauer Show. Das Ende der DDR, die deutsche Einheit und die Medien*, Berlin, 1992.
- BOUCHOUX, Corinne, *L'Allemagne réunifiée*, París, 1992.
- BUCK, Hannsjörg; BAUER, Hans-Georg (eds.), *Transformation der Wirtschaftsordnung der ehemaligen DDR*, Bonn, 1991.
- DECKER, Peter; HELD, Karl, *Der Anschluss*, München, 1990.
- ECKERT, Rainer (et al.), *Krise, Umbruch, Neubeginn*, Stuttgart, 1992.
- FARÇAT, Isabelle, *L'Allemagne. De la Conférence de Potsdam à l'Unification*, París, 1992.
- FRITSCH-BOURNAZEL, Renata, *Europe and German Unification*, New York/Oxford, 1992.
- FUNKE, Hajo, "Jetzt sind wir dran". *Nationalismus im geeigneten Deutschland*, Berlin, 1991.
- GEYER, Michael; HALLBERG, Robert von (eds.), *The Responsibility of the Intellectuals: State Security Services and Intellectual Life in the Former GDR*, Chicago, 1994.
- GILL, David; SCHRÖTER, Ulrich, *Das Ministerium für Staatssicherheit. Anatomie des Mielke-Imperiums*, Berlin, 1991.
- GRANSOW, Volker; JARAUSCH, Konrad (eds.), *Die deutsche Vereinigung: Bürgerbewegung, Annäherung und Beitritt*, Köln, 1991.
- GRASS, Günter, *La unificación insensata*, Madrid, 1991.
- HABERMAS, Jürgen, *Die nachholende Revolution*, Frankfurt, 1990.
- HOFFMANN, Hilmar; KRAMER, Dieter (eds.), *Der Umbau Europas. Deutsche Einheit und europäische Integration*, Frankfurt, 1991.
- JAMES, Harold; STONE, Marla (eds.), *When the Wall Came Down: Reactions to German Unification*, New York, 1992.
- JARAUSCH, Konrad H., *The Rush to German Unity*, New York, Oxford, 1994.
- KAISER, Karl, *Deutschlands Vereinigung. Die internationale Aspekte*, Bergisch Gladbach, 1991.
- LAFONTAINE, Oskar, *La sociedad del futuro. Política de reformas en un mundo transformado*, Madrid, 1989.
- LOTH, Wilfried, *Ost-West Konflikt und Deutsche Frage*, München, 1989.
- MARTIN DE LA GUARDIA, Ricardo M; PEREZ SANCHEZ, Guillermo A. (coords.), *El sueño quedó lejos. Crisis y cambios en el mundo actual*, Valladolid, 1993.
- , *La Europa del Este de 1945 a nuestros días*, Madrid, 1995.
- MEUSCHIEL, Sigrid, *Legitimation und Parteiherrschaft. Zum Paradox von Stabilität und Revolution in der DDR*, Frankfurt, 1992.
- MITTER, Armin; WOLLE, Stefan, *Untergang auf Raten*, München, 1993.
- MONEDERO, Juan Carlos (Comp.), *El retorno a Europa. De la perestroika al Tratado de Maastricht*, Madrid, 1993.
- NISSEN, Hans Peter; O'KEAN, José M^a; SANTISTEBAN Antonio, *Unificación alemana y convergencia española*, Sevilla, 1994.
- PRIEWE, Jan; HICKEL, Rudolf, *Preis der Einheit*, Frankfurt, 1991.
- REICH, Jens, *Rückkehr nach Europa. Zur Lage der deutschen Nation*, München, 1991.
- SEEBACHER-BRANDT, Brigitte, *Die Zukunft der Deutschen in Europa*, Berlin, 1990.
- SUHR, Heinz, *Der Treuhänder Skandal*, Frankfurt, 1991.
- SZABO, Stephen F., *The Diplomacy of German Unification*, New York, 1992.
- WARBECK, Joachim, *Die deutsche Revolution 1989/90*, Berlin, 1991.
- WEIDENFELD, Werner; KORTE, K.R. (eds.), *Handwörterbuch zur deutschen Einheit*, Frankfurt, 1992.
- WEIZSÄCKER, Richard von, *De Alemania a Europa. El impulso de la historia*, Barcelona, 1995.
- WOLF, Christa, *Im Dialog. Aktuelle Texte*, Berlin, 1990.
- ZWAHR, Hartmut, *Ende einer Selbsterstörung. Leipzig und die Revolution in der DDR*, Göttingen, 1993.